

Suplemento 32 aniversario

Rosario12

LA PÁGINA DE ATRÁS

Compilación de las contratapas más leídas en la web de la edición regional de **Página12** en el último año. Los textos destacados por la atención de nuestros lectoras y lectores.



La Universidad Nacional de Rosario saluda a **Rosario**12 por sus 32 años de compromiso con la información, la palabra, la verdad y la democracia

UNR

Esto es Rosario, mamá

Por Guillermo Paniaga

El olor a mí no me molesta. Ni siquiera me doy cuenta de que algo huele mal en la pieza. No me importa. En cambio, Celina apenas asoma la cabeza frunce el hocico como cuando me sospecha una mentira. Baja y se queda, así que no debe de ser tan espantoso. Pero igual protesta, dice que apesta a mierda, a meo, al linyera medio loco de la placita... cómo rompe las pelotas, ni sé para qué la traje.

No termino de meter el candado en la puerta trampa del techo que por el hueco de la pared empiezan a caer bollitos de plata chica, uno atrás de otro, plata sucia, húmeda y arrugada, como si la hubieran usado para sonarse los mocos o, peor, como si con los Belgrano y los Roca se hubieran limpiado el flujo podrido del orto. Ella me ayuda a contarlos y me avisa que faltan 200. Faltan 200, digo por el hueco. Contá bien que está todo, amigo, me responden. Ella dice que no, que falta plata. Agarro los billetes y los vuelvo a pasar hacia afuera. La mano me queda pegajosa.

—No te alcanza, amigo, faltan 200 y hoy no se fía.

Espío por el hueco y lo veo levantando la guita pringosa. Se la mete en el bolsillo sin contarla.

—No tenés código, gil, te di la plata justa. Me costó un huevo conseguirla y vos me me la estás matando; no te podés hacer el pillo con los clientes; yo te conozco, vos sos el Peruano, te conozco la voz, gil, ¿te creés que te podés venir a hacer el pillo a mi país, rastrero? —me dice, acercando la boca a la pared y ahí sí llena la pieza con la peste del aliento podrido de ese pelotudo.

Sigue boqueando boludeces y si hay algo que me molesta en esta vida es que me traten como a un rastrero cualquiera. Este pelotudo debe de pensar que soy un pendejo como los otros que atienden acá, que no saben ni contar con los dedos. Hasta me amenaza. Me dice que va a esperar a que salga para agarrarme cuando menos me lo espere y cagarme a tiros, que es amigo de no sé quién; dice que tiene banca y anda juntando billetes mugrientos para llevarse una alita al nido. Es un gil. No soporto a los giles.

Asomo el caño por el hueco y, sin mediar advertencia, disparo. Dos, tres tiros. No apunto, no me importa si le pego o no, o a quién le pego. No me importa nada. Solamente quiero cortar las giladas que escucho y

da resultado porque se hace el silencio que necesitaba. Celina me pregunta si lo maté. La excita el fierro caliente; me lo manosea como a la pija y se lo mete entre las tetas.

—No—, le respondo.

Y es verdad, porque después del tiro escuché las patas levantando polvo en la corrida y el ruido de las balas que pegaron en el tinglado que está en el campito de atrás. No, no lo maté.

—¿Vos sos peruano?— me pregunta, un poco sorprendida.

—Mi mamá es. Yo nací acá.

bufa de fastidio.

—Mejor me voy —dice.

—Esperá, impaciente, ya armo. Esperá.

Ella sonríe y saca de las tetas una ballena arrugada para enrollar el canuto.

—¿Y eso?

—Un 200, ¿nunca viste un 200?

—¿Esa es la plata del gil ese?

Antes de que llegara a responderme, por el hueco entró un chorro largo de nafta y atrás un fósforo. El fuego agarró rápido por toda la pieza. Con una frazada empecé a

¡Esto es Rosario, papá!

Pude apagar el fuego pero me asfixiaban el humo y el olor de la carne chamuscada. No tenía otra alternativa que salir. Preparé el fierro para atacar al primer bulto que se me apareciera. El gil no estaba. Cagón de mierda.

Respiré un rato y lo llamé al Willy para avisarle lo que había pasado; antes de que terminara de guardar el celular en el bolsillo ya estaba acá arriba de la

cross. Le conté del gil y me dijo que lo conocía. Hijo de un yuta. Me preguntó si se había salvado la mercadería.

—Me fijo, si querés.

—Sí, amigo, andá y fijate, ¿qué te estoy diciendo?

—Hay un poco de humo.

—¿Y la piba esa? —me preguntó Willy desde arriba.

¿Qué te dije de venir con gente acá?

—Está muerta.

—Sí, ya veo que está muerta.

—Se quemó todo. La plata también.

Eso fue lo último que pude decir en voz alta. Algo, un ruido, me impactó en la nuca. Ahora, por más que quiero, no puedo gritar. El fuego vuelve a ganar la pieza. Quema lo que quedaba de Celina; me quema a mí y no me duele. Sólo me molesta el olor. Ahora sí lo percibo. Es una peste. Olor a mierda, a meo, al linyera loco de la plaza, al aliento podrido del gil y también, detrás, como al asado de falda que hacíamos en las obras.

Afuera están los bomberos, la policía y un montón de gente con mazas y martillos tratando de derrumbar las paredes del kiosco.

Lo tiran abajo y lo celebran como un gol del Diego. Salvo una mujer, que llora en los hombros de una vecina. Es mi vieja, pobre. Lloro y se pregunta por qué me tenía que morir así. ¿Así cómo? ¿Qué importa cómo? Y bueno, me tocó. Está triste, pero ya fue.

No llorés, que a mí ya no me importa nada. A nadie le importa nada. Esto es Rosario, mamá.



No termino de meter el candado en la puerta trampa del techo que por el hueco de la pared empiezan a caer bollitos de plata chica, uno atrás de otro, plata sucia, húmeda y arrugada.

Celina se para, da una vuelta por la pieza, prende la tele pero no tiene imagen porque todavía no reconectamos el cable; se deja caer otra vez a mi lado y me baja el cierre de la bragueta. Yo sé lo que quiere y ella sabe que lo sé, ni falta hace que me lo pida. Pero antes de rayar el espejo voy esperar a que me la chupe un rato.

Ella no me da el gusto, se vuelve a parar,

apagarlo y Celina se trepó a la escalera para alcanzar el candado de la puertita del techo. No abrá, le grité, o lo pensé, pero ella estaba asustada y abrió. Cayó de cabeza, pesada como una bolsa de porland, por el pedrazo que le partió la frente. Y enseguida atrás se coló una molotov que reavivó el fuego.

—No te podés venir a hacer el pillo así como así, Peruca —oí que gritaban desde afuera—.

32 años de compromiso con la información
¡Feliz cumpleaños, Rosario12!



Saludamos a los
trabajadores de prensa
que hacen posible un
nuevo aniversario

COAD
Docentes e Investigadores de la UNR

El temblor de las hojas efímeras

Por Víctor Zenobi

Tratar los pormenores de la historia de Yukio es innecesario, máxime en un tiempo de escasa lectura, preferentemente breve, así que narraré lo esencial. Cuando llegó de su país, obtuvo refugio en la Asociación Japonesa de Rosario. Al principio enseñaba su lengua gracias al castellano que había aprendido de un sacerdote español en Kioto, su ciudad de origen, y a pesar de que avanzaba en el habla vernácula, prefirió ofrecer un retrato a los transeúntes veraniegos en la rambla de la Florida. Una tarde fue descubierto por el director del Museo Estévez que, al comprobar el trazo excelente de Yukio, decidió que merecía mejor suerte y lo recomendó a una fábrica textil de las inmediaciones, para el diseño de los estampados. Yukio se sintió agraciado y sumamente agradecido.

Propio de su naturaleza o mejor dicho de su cultura obediente, cumplía rigurosamente las horas de trabajo y muchas veces se quedaba horas de más, para adelantar o terminar un diseño. En una de esas ocasiones, conoció a Paloma. Eran las siete de una tarde de Otoño. Paloma limpiaba los pisos con esmero. Era pálida, menuda y muy pulcra. Los atardeceres de ambos solían ser lánguidamente iguales pero en uno de ellos se encontraron y una suerte de afinidad imprevisible y secreta fue surgiendo durante las caminatas en que Yukio acompañaba a Paloma hasta el límite de Ciudad oculta en el barrio La Cerámica. Nunca sabremos si conocieron el amor (tal vez... tampoco lo conozcan muchas personas que dicen amar-

se) lo que sí sabemos es que Paloma se ponía el mejor vestido que tenía y se ataba el cabello con la más bonita de las cintas. Aprovechando la tarde de los sábados, Paloma lo invitó a deleitarse con el vuelo de un ave o la vacilación de una hoja movida por la brisa, en las inmediaciones ribereñas del Parque Alem. Yukio dijo: "El universo es un ser vivo que en cada organismo nos muestra el equilibrio de la naturaleza... desde el temblor de las hojas efímeras hasta la ascensión del árbol que busca la luz del sol". Y señalando un caracol que ascendía por la hoja de un arce japonés, agregó, "mira que bien dibujado está el espiral en su caparazón ¡Y que bien diseñados los fractales de las hojas!"

guardado en el corazón de Yukio. Con temor, con incipiente tristeza, se atrevió a indagarlo.

Nada recordaba Yukio con más intensidad que la desdicha de haber perdido a Irezumi. La conocí, dijo, en el bosque de Arashiyama. Yo pintaba un conjunto de bambúes y al instante decidí cambiar el motivo de mi pintura. Su rostro pa-



ba prometida y su padre, que era un importante ministro de la corte, entendió que yo era un obstáculo, Jamás, la volví a ver.

Pero... ¿Por qué no lo intentaste? Agregó Paloma ¿Por qué...?

La noche dijo a la tiniebla: en un momento te mueves, en otro estás quieta. En un momento desciendes y en otro te levantas. ¿Por qué? Depende -dijo la tiniebla- de algo que me hace obrar como obro y ese algo depende de otro algo que lo hace obrar como obra ¿Cómo puedo decirte por qué hago una cosa y no otra? Así respondió Yukio, eludiendo la mirada de Paloma, quien creyó entender que los hombres aman lo que no pueden tener.

A través de la ventana, se divi-

Sesshiu, sacerdote del Zen en Sokokuji, antigua escuela de arte fundada por Yoshimitsu, luego, como si esa primera noche hubiese iniciado una sucesión imposible de evitar, en las noches siguientes se imponía el mismo sueño pero su rostro era el de Hokusai o el de Hiroshige. Con ambos se despertaba sobresaltado.

El sábado por la tarde, decidió bajar a la rambla y ofrecer sus dibujos a los escasos transeúntes, pero rápidamente se percató de que sólo quería reverenciar el ascenso de la amarilla y gigantesca luna llena surgiendo tras el extenso sintagma del ocaso. En su patria, hubiera condescendido a la versión divina de la creación de su pueblo, a la sabiduría de sus ancestros que reverenciaban el mundo de las formas paradigmáticas difundidas por Buda, pero aquí la enorme luna llena parecía remitir a la o de una disyunción o más bien a un cero, una suerte de número que es capaz de indicar su propia falta, sosteniendo un lugar que aparece para desaparecer o desvanecerse.

Probablemente, pensó, el Universo revela aquí una trama incomprensible, una especie de conspiración cósmica de la cual constituyo una de sus partículas más innecesarias, pero instantáneamente recuperó imágenes de su vida pasada, el absurdo designio de algunos hombres, los diseños arbitrarios de un misterioso proyecto.

Sintió que su destino no era mejor en Rosario que en Kioto, aquí o allá no estaba hecho para la felicidad y con todo el peso de la existencia descentrada se perdió en la profundidad de la noche que prometía ser eterna.

Paloma agradecía íntimamente la semilla que Yukio sembraba en su corazón, multiplicando incesantes versiones de poesías que, por unos momentos, borraban las anodinas hojas de su vida.

Paloma agradecía íntimamente la semilla que Yukio sembraba en su corazón, multiplicando incesantes versiones de poesías que, por unos momentos, borraban las anodinas hojas de su vida. Una tarde, en que la miró enmarcada en la hojarasca mustia que predominaba, decidió pintarla. En el cuarto humilde, la tibia luz del otoño alterada por las lluvias ocasionales inundaban el espacio y el rostro de Paloma se transfiguraba en múltiples láminas de colores tenues. Detalles de sus ojos, de sus manos, Paloma de frente, de perfil... Sólo que Paloma comprendió que no era ella la mujer del cuadro. Ella era sólo un pretexto

recía inmerso en la belleza exuberante del lugar y para mí, plasmar la continuidad de la naturaleza no indiferente, acarrea la mayor ambición de mi vida. No era solo un intento de plasmar una imagen más, sino una imagen en el que la conciencia no aspira el dato de su pasado para exaltar su presente. La belleza de Irezumi era equivalente a la belleza del lugar, lo individual y lo colectivo absorbiendo mutuamente líneas de fuerzas que exaltan la unidad de un todo.

¿Se amaron? Preguntó Paloma, para sortear su incompreensión de lo que Yukio acababa de referir.

No pensábamos en eso, respondió bruscamente Yukio. Ella esta-

saba una compacta masa gris que trazaba una escisión en el cielo. El atardecer parecía desvanecerse presuroso. En silencio, despidiéndose con un ademán, Paloma se fue, anticipándose a la tormenta. Esa noche y los días siguientes llovió torrencialmente. Yukio no encontró a Paloma en la fábrica y comprendió que era inútil preguntar. Después de unos días deambuló por las inmediaciones del barrio y recorrió con inquietud las inmediaciones ribereñas del parque, sólo que ahora el vuelo inesperado de una paloma aceleraba el ritmo ya alterado de su corazón.

Esa noche soñó que estaba muerto pero su rostro era el de



¡Feliz cumpleaños!

Saludamos a **Rosario/12** por su compromiso con la información de nuestra ciudad.

www.rosario.gov.ar



Municipalidad de Rosario

Un hueco en la pared

Por **Claudia Vázquez**

Apareció un día, cuando un cuadro que estaba colgado en la pared del comedor se desmoronó. El clavo, del que pendía la pintura, se desprendió y dejó ver un orificio, no muy grande, suficiente para que el clavo se aflojara y se precipitara al piso arrastrando lámina, marco y vidrio, que se rompió en mil pedazos.

Fueron infructuosos los esfuerzos por rellenar el agujero. Cada porción de yeso y argamasa que agregábamos se desplomaba, arrastrando un pedazo más de pared, hasta que el hueco tuvo el tamaño de una naranja mediana.

Tapamos el hoyo con una prolija hoja de papel, que pegamos con cinta adhesiva, hasta que pudiéramos solucionar el problema del desgranamiento progresivo. Pero cada mañana el papel aparecía en el piso y el hueco era más grande.

El paso siguiente fue correr el cristalero, desde el centro del comedor hasta ocultar la abertura. El disgusto por no tener alineado el mueble con la mesa y las sillas se amortiguaba al evitar ver la pared rota, mientras eva-

de uno de nosotros producía en uno, varios o todos los demás, una reacción desproporcionada, en contra. Polemizábamos por las cuestiones más triviales.

Cuando vimos el hueco asomar por los costados del aparador, entendimos que el tema se nos había ido de las manos. La casa ya era antigua cuando la compramos y la remodelación no había afectado a esa pared, que ya mostraba un espacio vacío por el que una persona podía salir caminando al exterior.

Del otro lado del boquete se veían los yuyos del terreno baldío lindero, cerrado por una empalizada de madera que aportaba una pobre seguridad.

Mi esposo fue el primero que se fue. Nos dijo que se había cansado de que censuráramos todas sus ideas: "El ingeniero soy yo, ustedes no saben nada de construcciones", gritó mientras salía. Cuando la puerta se cerró, mi hija le respondió que no alcanzaba a ver el resultado de su competencia profesional.

Ella lo siguió, pocos días después, anunciando que se mudaba con su novio mientras durara la pared perforada. Dijo que estaba llegando el invierno y sufría mucho el frío que empezaba a filtrarse por el hueco que no ha-

Del otro lado del boquete se veían los yuyos del terreno baldío lindero, cerrado por una empalizada de madera que aportaba una pobre seguridad.

luábamos la posible causa del problema.

En esos tiempos vivíamos confinados: el episodio coincidió con las primeras semanas que compartíamos todos los días, de la mañana hasta la noche, intentando combinar las actividades virtuales de toda la familia, casi siempre sin éxito. El tedio y el malhumor se habían apropiado de la casa.

Consultamos los planos de la construcción, investigamos si algún caño atravesaba ese muro o si la humedad de los cimientos pudo haber subido hasta carcomer ladrillos y demás materiales, pero la tubería hidráulica pasaba por otro lado.

En el interior de la casa el clima se había enrarecido. Las recriminaciones habían aumentado su intensidad y todos parecíamos enojados por algo más que la pared menguante. Reaparecieron antiguas discusiones que creía sepultadas hacía mucho tiempo. Cada iniciativa

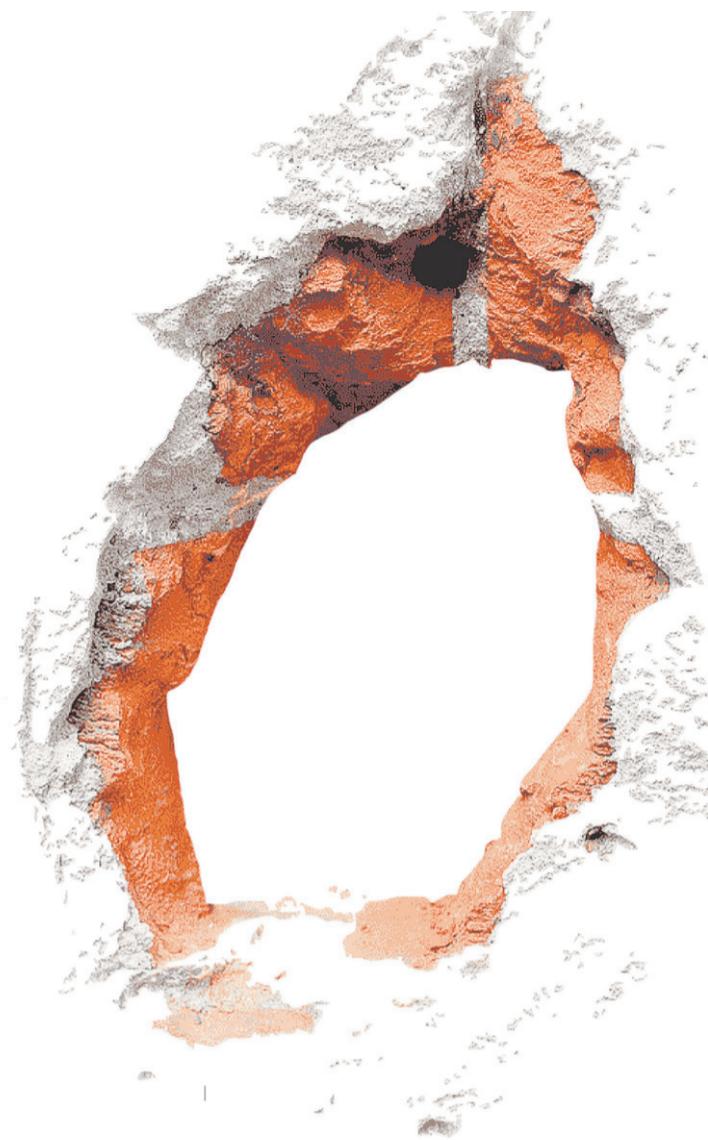
bía forma de tapar.

Seguimos buscando una solución mientras amontonábamos muebles y láminas de policarbonato para frenar la ventolina.

Mi hijo también se cansó. Sin gritar, resignado, guardó algo de ropa en un bolso y me informó que hacía rato que planeaba irse a vivir solo y un amigo le había ofrecido compartir los gastos del monoambiente que habitaba.

La gata se quedó conmigo aunque podría haber escapado por el hueco.

Pasaban las semanas y en el exterior de mi casa ahuecada no se avizoraban mejoras. Ni esperanzas. Era la peor catástrofe sanitaria que hubiéramos vivido y cada uno reaccionaba como podía. El otoño fue benigno pero se venía el invierno y, con las restricciones a la circulación, no encontraba un albañil que aceptara



hacer la reparación.

Para paliar el aislamiento, se hizo común empezar alguna actividad con la guía de tutoriales. Algunos empezaron a tejer, a pintar cuadros o paredes, a practicar yoga o zumba, a fabricar muebles o piezas de cerámica. Yo empecé a estudiar construcción.

Investigué los materiales necesarios, con qué mezcla debían unirse, las técnicas para evitar que el muro se derrumbara ante el primer viento. Era como el tercer chanchito queriendo protegerme del lobo que podía asomarse por el espacio donde alguna vez había habido una pared. Compré lo necesario por internet y, cuando todo estuvo disponible, empecé a apilar ladrillos.

La construcción se mantuvo firme.

Pasó el invierno. En la primavera pudimos salir. Mis hijos aprovecharon el envión para crecer. Mi ex esposo y yo, para aprender a cerrar huecos.



**LA MEJOR NOTICIA
NO ES SIEMPRE LA QUE SE DA PRIMERO
SINO MUCHAS VEGES LA QUE SE DA MEJOR**

Felices 32 años de periodismo

CIUDAD
FUTURA



**FELICITAMOS A ROSARIO12 POR ESTOS 32 AÑOS DE PERIODISMO
COMPROMETIDO CON LA VERDAD**

SINDICATO DE CAMIONEROS DE SANTA FE
Alineados a la Federación Nacional



GESTIÓN JUAN CHULICH
HUGO MOYANO CONDUCCIÓN

Vida cotidiana de los gorilas

Por Adrián Abonizio

Altos gorilas

Cuanto más grande es un gorila mejor. El impresionante sonido de los golpes en el pecho es una medida de tamaño y fuerza. Las hembras con este gesto evalúan su pareja.

Los altos gorilas huyen de los aromas a camisetas con humo, olor a mandarinas regadas sobre un piso de tierra, sonrisas y manos estrechadas. Prefieren la umbría soledad de las barracas protegidas con maderas nobles, el alcohol encerrado en botellones de cristal, un parque cerrado con altos pinares, la tarde que cae y algún sirviente que enciende las lámparas y no emite palabra. Esos son los gorilas de lo más alto de las ramas; los otros, los gorilas medios, aún tienen el palpitante de las casas bajas, el aroma a nafta de un auto nunca cero kilómetros y un gran sillón con un gran televisor. Se han instalado por la mitad del Arbol Gorilense. Y por último están los gorilitas pechos levemente peludos que comen raíces, piñas caídas, sobras que caen de arriba y andan siempre armados con palos afilados, piedras, dientes serrados, tatuajes, puños dispuestos, mentirosos y con miedo. Estructuras óseas les permiten a los altos gorilas aguantar los vendavales con una sonrisa de soberanía, los del medio esperan que hacen los de arriba y los de abajo medran por fuentes agua impura, beben al costado limpiando apenas los charcos donde se acumulan la pútridas hojas que ya no sirven ni para abono de los muertos. El adoctrinamiento funciona regularmente así: los altos gorilas mean en las partes superiores y el líquido que fluye por dentro del árbol va dejando huellas y se impregna en las glándulas de los inferiores hasta llegar al piso degradadas y mal olientes que los constituye merced al poderoso efluvio, en gorilas sin cerebro debido a que los fluidos al descender a tierra sencillamente se pudren y emanan un gas vene-

noso que los atonta. Los bajos gorilas harán por imitación lo que los gorilas medios hagan y estos con los de arriba. Una cadena interminable y sin oxidar que funciona desde siglos. Cuando ocurren pestes o desgracias los Altos Gorilas orinan más fuerte y con ello ordenan lo que habrán de hacer y decir los gorilas subalternos. Y culparán a Dios, al comunismo, al peronismo, a los poetas, a las putas, a la pandemia y a las vacunas de los males que suceden. Así funciona el mundo hoy, en medio de la tragedia, siempre así, siempre igual, siempre como siempre fue. Y para rugir ni se quitan el tapabocas porque no los usan.

Gorilas medios

Un gorila standard medio nunca dirá nada desaconsejable para la vecindad. Su secreto mejor



deben machacar esa tórrida verdad que en el fondo es un resecado pescado podrido. Y se sabe, los gorilas no comen peces pero intentan dar a comer a los otros, sus

turbias y han perdido el pelo en estas hazañas estúpidas: quemar un sitio político adverso, apuñalar, balear las piernas de alguien, robar mendrugos, dejarse manosear sus hijas por un puestito permanente. Los abuelos de estos pequeños simios no han sido como los gorilas actuales, ni siquiera han sido gorilas: lloran por un líder que no volvió, salvo su cadáver, y comprender mientras le dejan rascar la olla de la manada que algo malo han hecho para tener tan oscura descendencia.

Gorilas hembras

Los gorilas hembras de la altura viven encadenadas con grilletes de oro: son machorras constitucionales, fervorosas católicas republicanas, mandamases de empleadas morochas, adoran lo exótico de Europa y desprecian a los que están debajo de sus ramas. Las

toneladas de pintura, liftings que les abollan la cara hasta parecerse entre si, o bien con el rostro inmaculado como vírgenes proclaman una superioridad que no tienen: las gorilas del interior, por lo general con una tonadita exasperante, se visten de horror y usan unos perfumes caros imitación. Sueñan con Miami. Son machistas peor que los machos. Reciben órdenes de ellos o bien oyen voces del Mas Allá que dictan cosas. Son golpistas, sanguinarias, tías benevolentes, donadoras de juguetes a los huérfanos y compañeras de viaje incómodas en la campaña o bien mansas, regaladas al cabrón de turno. Sus maridos son putañeros y ellas lo saben pero hay que mantener el status quo: de vez en cuando caen de espaldas en algún colchón abrazadas a otro gorila fulero y barrigón y así restablecen el equilibrio de sus cornamentas. Esas escenas de encuentros íntimos son repugnantes en serio. Lo juro. Me han contado que es algo feo de ver. Por último las gorilas hembras de abajo de todo hacen lo que pueden con sus pelajes y sus vidas de hambre. No creen en nada y esperan que todo se derrumbe sin saber si el techo se les vendrá encima producto de un viento político ensañado con todos y bien de un pampero helado que les hará volar sus casitas magras. Como sea, esta es mi visión zoológica de estos homínidos sin estirpe. Son todos y todas iguales, solo cambia el color del pelaje y el tamaño de sus odios de no poder haber sido ni siquiera humanos. Con los gorilitas bebés no me meto. No tienen la culpa.

Los altos gorilas huyen de los aromas a camisetas con humo, olor a mandarinas regadas sobre un piso de tierra, sonrisas y manos estrechadas. Prefieren la umbría soledad de las barracas protegidas con maderas nobles.

guardado es el silencio: solo actúan cuando la rabia los acomete y entonces se ciegan y ya nada les importa. Pisotearán las flores que dejaron como ofrenda a la Virgen, masacrarán los diarios que no leen, pisotearán las sombras de los desahuciados que les acomodan sus autos, golpearán cacerolas y saldrán con espuma en la boca a la calle. No para reclamar sino para hacer ruido, ensordecer con sus alaridos y ensuciar la cancha con sus cáscaras de banana ignorando el porqué de lo que hacen. Las órdenes no se discuten. El gorila medio no piensa, solo actúa, llevado por los hados misteriosos que le susurran al oído que ya es la hora de salir a llenar de guano todo, a maquillar con sus heces el mundo, a patear, llorar si es necesario, guardar silencio y aprobar o desaprobado con sus jetas torcidas lo que nadie les dijo pero resuena en su oídos y

adversarios del bosque, sus enemigos, toda esa carne tumefacta.

Gorilas de abajo

Los gorilitas o gorilas a medio hacer tienen el resentimiento como bandera de lucha. Tienen los hombros duros de tanto cargar a los otros de más arriba. Son ágiles de tanto capturar los restos del alimento que surge desde la altura. Caminan kilómetros para encontrar agua o cerveza, los acarrear en colectivos, con banderas pulcras amarillas y aúllan por verse cerca de los gorilas grandes que nunca ponen la cara. Los pequeños gorilas ni saben que son gorilas: cumplen a rajatabla la ley y el orden a cambio de un carrito, una muda de ropa, un abrazo en la foto. Son usados y no lo saben. Sirven para un lavado como para un estrujado. Han hecho cosas marginales y

otras gorilas del medio suelen ser feas en serio: caderas de hierro, ojos de macho cabríos y vestidos de donde suele colgar una gran cruz. No todas las gorilas creen en Dios, algunas lo odian, le temen o lo discuten. El Papa es comunista o peronista sin lugar a dudas. Las gorilas hembras de esta especie son por lo general horrendas pero hay algunas que zafan merced a



Felicitaciones por 32 años de compromiso con el trabajo periodístico



CÁMARA DE DIPUTADAS Y DIPUTADOS DE LA PROVINCIA DE SANTA FE



**Unión Obrera Metalúrgica
Seccional Rosario**

Feliz día a los y las periodistas que hacen Rosario/12 **Antonio Donello**
Secretario General de UOM Rosario

Por Ignacio Cagliero

No se corren muebles de noche

En la casa de mi abuela estaba prohibido correr muebles de noche. Se lo oí decir una noche en que la pelota de tenis con la que jugaba la perra se metió debajo de un aparador y no había otra manera de sacarla que moviendo el armatoste hacia adelante. Era una tarea sencilla que se podría haber resuelto en pocos minutos, pero mi abuela nos frenó en seco. No se mueven los muebles de noche, dijo, atrae la muerte. Y cortaba el halo de misterio que quedaba colgando en el aire trayendo otra pelotita de esas verdes para que sigamos jugando con la perra.

Mi mamá me explicó, tiempo después y sin recordar cómo surgió la conversación, que la superstición de la abuela se remontaba a los velorios antiguos. A sus velorios, en realidad: a los que había asistido, los que le había tocado preparar. Su madre, su padre, su hermana Angelita, su cuñado Alberto, su otro cuñado Bernardo, en aquellos tiempos en donde no existían las salas velatorias y las mujeres se las ingeniaban para meter un ataúd en el living, si tenías la suerte de tener una casa con living. Y ahí se sacaba la mesa, los aparadores iban a la pieza, las macetas al patio. Solo quedaban las sillas para las acompañan-

tes y alguna luz cálida que le daba un tono lúgubre a la ceremonia, si es que se puede hacer más lúgubre un lugar con un cajón y un muerto.

Por eso creo que mi abuela estaría orgullosa de este velorio, en una sala específicamente acondicionada para recibir muertos y no en el lugar donde se toma la sopa todos los días. Acá los sillones son cómodos, se lo oí comentar bajito a la tía Chachi que tenía poco tacto para los momentos. La gente en los velorios sigue sosteniendo la costumbre de hablar bajito como si el muerto en realidad estuviese dormido. Si, lo sé, la cosa tiene que ver con el respeto y blabla. Yo sé que mis padres están tristes, los veo llorar desconsolados y quiero abrazarlos. Creo que pensaron, como todos los padres, que yo los enterraría a ellos, no ellos a mí. Pero les gané de mano.

El lugar es muy bonito y cálido. A las velas que hubiese prendido mi abuela en su living las reemplazaron con unas que en vez de te-

ner llamas tienen foquitos led. No están mal. Cada tanto un mozo muy atento ofrece café a quienes lloran adentro. El grupo de fumadores, afuera, se da el lujo de elevar la voz y cada tanto alguien los chista. Debería ponerme contento que la gente me lllore, pero me pone mal ver gente llorar. Están mis primos que viajaron desde lejos hasta el pueblo y que los veo tan tristes como yo si la situación fuese a la inversa.

Veo a vecinos, maestros que no me querían, familiares que alguna vez oí nombrar pero que no reconocería en la calle. Mirá, el Chapita

rer saber qué se sentiría es algo que me puede. Durante un tiempo pensé que estaba destinado a morir de un infarto, porque estuve un par de semanas con una molestia en la zona del pectoral izquierdo. Hasta fui a un médico que sin revisarme me dijo que si me dolía esa zona estire mejor después de hacer ejercicio, pero que no había ninguna chance de que ese dolor

signifique algún tipo lesión en mis arterias coronarias. Tenía razón. Yo tenía veintidós años. Después supuse que estaba destinado a morir de melancolía. No cualquier



Mi mamá me explicó, tiempo después y sin recordar cómo surgió la conversación, que la superstición de la abuela se remontaba a los velorios antiguos. A sus velorios, en realidad.



Impulsando el desarrollo de nuestra región



BOLSA DE COMERCIO DE ROSARIO

bcr.com.ar

Ramírez, cuánto hace que no lo veía. ¿De la secundaria? No, no fuimos juntos a la secundaria, fuimos a la primaria pero después nos empezamos a ver más seguido en la adolescencia. ¿Era así? No me acuerdo, pero también quiero abrazar al Chapa. Me pone contento verlo. Hay otra gente no conozco, pero entiendo que vienen a acompañar a mis padres, a mi hermano, a mi novia. Mi novia llora un montón. A ella también me le adelanté: aseguraba que se iba a morir primero por fumadora. Y mirá. Su miedo era que en su velorio yo no la lloré, porque nunca me vio llorar. Y yo le decía que no se preocupe de antemano, que total no se iba a enterar. Y ahora pienso que qué suerte que me moriré primero.

En vida pensé mucho en la muerte. No tanto como miedo, más bien como curiosidad. El que-

cáncer, cáncer de piel. Un lunar gigante en la frente, pecas en la espalda, una piel que se marca de nada. La historia de un tío de mi abuelo que había tenido, y que cada tanto se recordaba en la sobremesa del domingo acrecentaban la sospecha. Pero las dos visitas anuales al dermatólogo fueron despejando cualquier inquietud al respecto. Después de eso tuve un período sin sospechas acerca de qué me iba a morir. Cada tanto el pensamiento me atormentaba viajando en la ruta, pero trataba de esquivarlo rápido. O mientras caminaba de madrugada en las calles del Pichincha oscuro y reflexionaba sobre posibles escenarios en los que me asaltaban con un arma de fuego y me preguntaba qué se debe sentir que te peguen un tiro: ocho gramos de plomo viajando a trescientos sesenta metros por segundo y atravesándote, no sé, una

pierna. ¿En qué otros componentes se desagrega ese dolor? ¿Ardor? ¿Picazón? ¿Frio?

Lo más curioso de todo es que no me acuerdo. Haberle dedicado tanto tiempo a pensar cómo me iba a morir y no acordarme. Que de pronto estás hablando por teléfono, preparándote para el cumpleaños de un compañero del trabajo, mirando la quinta temporada de *The Office* y ¡zas! Te despertás en tu propio velorio. Una decepción.

Todavía no me acerqué demasiado al cajón pero es distinto a verse en un espejo. Hay algo que me devuelve una imagen de mí pero que no se mueve, que está acostado perfectamente, todo arregladito, levemente maquillado, la boca cerrada, el traje que me había comprado para el casamiento del Ruso y que apenas llegué a usar un par de veces. No se parece en nada a yo durmiendo, todo despatarrado, con la boca abierta, roncando a diestra y siniestra. También me vi un poco más avejentado de lo que me recordaba. Un poco más pálido, más canoso, que en realidad es una manera elegante de decir menos vivo.

A un costado del cajón está lleno de coronas de flores y al otro un Jesús crucificado de un metro y medio. No sé si lo hubiese elegido pero no me molesta. Sí me incomoda que a alguien le haya parecido una buena idea poner una camiseta del Deportivo arriba del cajón, hasta en mi velorio me hacen acordar de esos muertos. Me alegra que no haya nadie forzado a vestirse de negro.

Pienso en lo que se vendrá, la parte que más me gusta de todos los velorios. La procesión hasta el cementerio. Mis abuelos están juntos en un panteón en la zona sur del cementerio que ya es mucho decir. Por ahí cerca sé que descansa una pareja amiga de la familia que recuerdo con cariño. No estaría mal esa vecindad. No me gustaría estar en el sector oeste. La última vez que fui daba miedo pasar por ahí. Estaba abandonado, las lápidas rotas, y muy pocas tumbas tenían placas. ¿Será por eso que nadie les deja flores? Ya tendré tiempo a investigar. Lo que me preocupa ahora es algo que nunca me pregunté: ¿Quiénes cargarán mi cajón?



32 años
de periodismo con colores y voces rosarinas.

El diputado **Oscar A. Martínez** celebra el aniversario de **Rosario 12**, marca registrada del sur provincial.



FRENTE RENOVADOR



Hay que ser leve para morir

Por **Lucrecia Mirad**

Hay que ser leve para morir. Nunca morir de noche o en vacaciones. Joder lo menos posible”.

Me lo decías desde ese humor sarcástico que nos acompañaba siempre papá, nos dejaba tejer realidades absurdas para escaparle al dolor. Una complicidad maravillosa. Hay que ser leve para morir, decías, cuando ni siquiera suponíamos tu enfermedad, cuando bromeábamos sobre la muerte del tío Eugenio, tan inoportuna, de un bolo fecal en vacaciones. Tan espléndida y a la vez tercermundista. Anónima, en un hotel tan estrellado como perdido, en ese lugar tan pobre de Salta.

Ahora, llegó tu turno. El último de “los tres mosqueteros”, como te decíamos con Betty, a vos y a tus dos hermanos: el tío Eugenio y el tío Juan. Los tres dignos, inasibles y extraordinarios.

Las ocho de la mañana es un buen momento construías conmigo, sin saber que al año siguiente estaríamos esperando y rogando un final piadoso para ese cuerpo que apenas podía sostener una vida decorosa. Te conocía tanto... sabía que no tendrías miedo sino bronca por morir, pero que no dirías nada. Solo bromearías conmigo.

Te levantás a las siete, tomás tus mates de siempre, tratás de ir al baño, por lo de tu estreñimiento. Teneés tiempo de alimentar al canario y dejarle comida por dos días, por lo de la ausencia del velorio. Bañate y poné mas dinero en la cartera. Los trámites siempre son penosos, largos e inesperados. A esa hora estás fresca y descansada como para recordar de pedirle al de la funeraria que no me abraque el último botón de la camisa, para que no parezca un boludo; y mucho menos ponerme saco y corbata. No sé, será un delirio mío, pero cuando veo esos fiambres trajeados y arropados cuidadosamente con la mortaja, me imagino que abajo tienen solo calzoncillo y medias. Quizá ni siquiera calzoncillo. Bochornoso.

Yo te seguía las bromas con la



garganta cerrada y el corazón detenido. La risa era apenas un ruido. No podía mirarte a los ojos sin riesgo de llorar todo lo que no debía, o decir todo lo que no quería. No era momento de romper con el humor negro.

Tu mamá tendrá tiempo de arreglarse el cabello y maquillarse; y hasta elegir alguna de sus ropas oscuras que tiene reservada para los “necro eventos”, viste que ella es

No sé dónde estarás, o qué serás, pero se me ocurre que quizá ahora mismo me mires desde arriba con tus ojitos de laucha asombrada.

muy cuidadosa a la hora de arreglarse.

Si, las ocho es un buen horario. Una vez que yo me haya ido y vos hayas acomodado a tu madre con un ansiolítico, vas a poder ir de compras con Betty. Ella ya pasó por esto con el tío Juan, y te dirá que no es tan serio. Ya se sabe que hasta pasadas tres horas no me llevarán a la sala velatoria y no me podrás ver. Yo tampoco. (Reías apenas, como podías, pero reías.) Acordate de darle apenas un cuarto de pastilla a tu madre. No querríamos que se repita el episodio lamen-

table del velorio de la abuelita, cuando se nos durmió y no podíamos callar sus ronquidos, ni tampoco despertarla.

Teníamos una manera parecida de decir nuestras angustias, de esa manera tan distante y aséptica, que nada parecía inquietarnos, ni afectarnos; cuando en realidad estábamos rotos por el miedo y el dolor.

Nada de misas, aunque insista

ce mucho que estás sola, nena, ya es hora de volver al buen sexo y sonreír aliviada. No busques al Colorado, acordate que Betty sospecha que es gay. Hay que ser leve para morir, nada de pañales descartables ni papagayo. Si yo no puedo solo, me llevás a un geriátrico o un hospital. No te criamos como reina para que te ensucies, y menos conmigo. Distinto es un hijo, que su mierdita huele a vainilla. Pero un viejo como yo debe oler a podrido.

Me lo decías sonriendo y ahora lo recuerdo, ahora que te miro tan quieto y me cuesta creer que ya no estés. Que ya no existas. Tus pupilas me enfocaron en ese Suspiro Terminal. Yo entendí lo que me estaban diciendo, última complicidad entre los dos. Hasta luego; sí, sí, hasta luego...

No sé dónde estarás, o qué serás, pero se me ocurre que quizá ahora mismo me mires desde arriba con tus ojitos de laucha asombrada. Necesito pensar que ya te habrás encontrado con los otros dos mosqueteros y que ahora sean los tres chiflados. Libres y divertidos.

El dolor de tu muerte es inabarcable, sólido, denso. Irremediable. Me digo en voz baja, lo suficiente como para escucharme, estás muerto, estás muerto, y las palabras me suenan tan aje-

nas que por momentos sospecho que es otra de tus bromas macabras. Muerto suena a desgarró, quema desde dentro, ahueca mi propio cuerpo para dejarlo convertido en nada, vacío; una cáscara, como el tuyo.

De repente todo se me hace escenográfico, mentira, como si fuera una escena que no me perteneciera, como si yo estuviese allí por casualidad, y no por ser tu hija desconsolada; y vos el muerto. No sé con quién voy a compartir este humor negro que me dejaste en las venas y que no perdona, que se mete sin permiso en dramas y tristezas.

Siento que aun estás rondando por aquí, así que aprovecho para comentarte algunas cositas:

No llegué en taxi porque no me fui de tu lado.

La vieja está pastillada y rondando desde ayer, babeando la almohada, durmiendo en tu lado de la cama.

Te traje la remera azul, la que usabas para hacer esos asados que tanto disfrutabas. No la lavé y aun huele a chorizos. Nada de medias. Afrontemos el bochorno.

Todavía no empecé a llorar. Pero cuando empiece, no voy a parar.

Por ahora me contengo para que el caballero de la obra social no me vea con el rimel corrido hasta los pies, los ojos rojos como remolachas; y se escape despavorido. Ya no tengo edad para desperdiciar posibilidades.

El Colorado está de licencia.

La tía Angelita está internada, se quebró la cadera hace una semana, los médicos dicen que puede quedar con una pierna más corta, si tenemos suerte y es la derecha, la renga quedará emparejada.

Betty está conmigo, llorando lo que yo no puedo.

El canario se cagará de hambre, sólo por un día.

Miro el reloj. Las ocho de la mañana, viejo, como vos querías. En un ratito iremos con Betty de compras. Te traeremos muchos claveles rojos, las flores que más te gustaban.

**32 años, informando diariamente
Feliz aniversario Rosario12**

Marcos Cleri
Diputado Nacional
Frente de Todos

